

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Gert Rosenthal

Secretario Ejecutivo Adjunto
Carlos Massad

Director de la Revista
Anibal Pinto

Secretario Técnico
Eugenio Lahera



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
SANTIAGO DE CHILE, DICIEMBRE DE 1990

Revista de la
CEPAL

Santiago de Chile

Diciembre de 1990

Número 42

SUMARIO

Nota de la secretaria.	7
Exposición inaugural del Secretario Ejecutivo de la CEPAL en el Seminario sobre "Los temas CEPAL-Prebisch".	8
La naturaleza del "centro cíclico principal". <i>Celso Furtado.</i>	11
Morfología actual del sistema centro-periferia. <i>Jan Křákal.</i>	17
Las primeras enseñanzas de Raúl Prebisch. <i>Aldo Ferrer.</i>	27
El neoestructuralismo versus el neoliberalismo en los años noventa. <i>Oswaldo Sunkel y Gustavo Zuleta.</i>	35
Evolución y actualidad de los estilos de desarrollo. <i>Eric Calcagno.</i>	55
Los acomodos de poder entre el Estado y el mercado. <i>David Ibarra.</i>	69
El Estado y la transformación productiva con equidad. <i>Eugenio Lahera.</i>	97
El desborde inflacionario: experiencias y opciones. <i>Felipe Pazos.</i>	121
Elementos estructurales de la aceleración inflacionaria. <i>Héctor Assael.</i>	141
Integración latinoamericana y apertura externa. <i>Germánico Salgado.</i>	147
Presente y futuro de la integración centroamericana. <i>José Manuel Salazar.</i>	171
Las economías de viabilidad difícil. <i>Arturo Núñez del Prado.</i>	199
La economía mexicana en el fin del siglo. <i>Miguel Sandoval Lara y Francisco Arroyo García.</i>	217
Economía y felicidad. <i>María Concepción Tavares.</i>	235
Orientaciones para los colaboradores de la <i>Revista de la CEPAL.</i>	246
Publicaciones recientes de la CEPAL.	247

Morfología actual del sistema centro-periferia

*Jan Křnak**

En los cuatro decenios transcurridos desde los primeros planteamientos de la CEPAL y de Raúl Prebisch sobre el sistema centro-periferia, se distinguen claramente dos períodos de evolución dispareja: el de los años cincuenta y sesenta, marcado por una expansión económica sin precedentes desde el siglo XVIII, y el de los decenios posteriores (sobre todo a partir de 1973), denominado corrientemente el período de la crisis energética y financiera, que se ha caracterizado por la desaceleración y el estancamiento del desarrollo económico mundial, en especial de los países periféricos.

Ambos períodos han presenciado profundas transformaciones, cuyos aspectos principales se resumen en la primera sección de este artículo, sobre la base de los conceptos originales de Prebisch y la CEPAL: la polarización, la marginalización y la relación de precios del intercambio de la periferia frente a la transformación productiva y tecnológica del centro. En la segunda sección, se examinan los cambios en las relaciones de la periferia con el centro capitalista y con los países de Europa oriental, a la luz de la evolución que han sufrido esas regiones. Para terminar se presentan algunos comentarios acerca de la historia inconclusa del sistema centro-periferia.

El artículo se apoya en la obra germinal de Prebisch de 1949 y en las investigaciones iniciadas al comienzo de los años setenta en la División de Investigaciones y Desarrollo de la CEPAL, así como en estudios de Anibal Pinto y del autor del presente artículo. Los datos estadísticos provienen de las publicaciones oficiales de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, la UNCTAD y la OCDE.

*Consultor de la Unidad Conjunta CEPAL/CET de Empresas Transnacionales.

I La periferia

1. La vuelta al punto de partida con mayor diferenciación

Las investigaciones sobre el sistema centro-periferia han confirmado, en general, la validez de las tesis fundamentales de Raúl Prebisch y de la CEPAL sobre la relación de precios del intercambio, la polarización y la marginalización periférica, la difusión tecnológica desigual y el carácter imprescindible de la industrialización. Al panorama del decenio de 1970, que se caracterizaba por el auge de la OPEP, la mejora considerable de los precios de los bienes primarios, la afluencia masiva de eurodólares y petrodólares (sin inversión extranjera directa condicionada ni otras ataduras) y la resultante disminución de la brecha entre el Norte y el Sur, siguió, en especial en América Latina y África, la década perdida de 1980, que llevó a estas regiones de vuelta al punto de partida, o sea, al nivel alcanzado en 1970.

La relación de precios del intercambio de la periferia mejoró entre 1970 y 1981 en más de 2.5 veces y luego descendió, en los años ochenta, a niveles equiparables sólo a los de la crisis de los años treinta. Al período de bonanza y de embates petroleros que por primera vez en la historia interrumpían la tendencia a la marginalización periférica, sucedió una caída brusca de la participación de la periferia en el PIB global y en las exportaciones e inversiones internacionales. El deterioro alcanzó ribetes dramáticos para América Latina, que de importadora de capitales que era, llegó a exportarlos al centro.

Estos escenarios generales encubren un importante cambio cualitativo en la tradicional heterogeneidad de la periferia: su diferenciación regresiva tiende a traducirse en una mayor polarización entre las naciones y las capas sociales caracterizadas por la pobreza extrema y las que aspiran poco a poco a ingresar al centro industrializado. El PIB per cápita de los países con ingreso anual de hasta 400 dólares, que representan 55% de la población del sistema, correspondía en 1965 a 4.5% del PIB respectivo del centro capitalista y a sólo 2.2% en 1985. Por el contrario, las cifras respectivas para los principales exportadores de petróleo (0.5% de la población del sistema) fueron de 53% en 1965, 132% en 1980 y 84% en 1985. Por último, los países de ingreso mediano (más de 400 dólares anuales)

registraron proporciones de 12.5% en 1965, 14.6% en 1980 y 11.5% en 1985. El mayor equilibrio sostenido fue alcanzado por los países de reciente industrialización del sur y sudeste asiáticos.

En América Latina y el Caribe, la década perdida se tradujo en una disminución del PIB por habitante de 8.3%, con el consiguiente retraso de la región en comparación con Asia. Por su parte, la participación regional en las exportaciones mundiales bajó de 5.5% en 1970 a 3.8% en 1987.

Tomando en cuenta que las crisis económicas tienen en los países subdesarrollados efectos regresivos para la distribución del ingreso nacional, cabe concluir que en los años ochenta se agudizaron las situaciones de extrema pobreza y de polarización del sistema, tanto en las relaciones con el centro como dentro de la propia periferia.

2. La marginalización y la dependencia

La crisis energética y posteriormente la crisis de la deuda en la periferia (después de 1982) influyeron en forma marcada en las características de la tradicional marginalización y situación dependiente frente al centro. Los cambios estructurales a más largo plazo que se venían gestando en el centro y también en parte de la periferia (principalmente en Asia) influyeron asimismo en las vinculaciones entre ambos polos.

A mediados del decenio de 1980, la periferia satisfacía menos de una cuarta parte de la demanda externa total del centro, o sea, su grado de marginalización era igual al de 1960 (aunque había aumentado su importancia para el centro durante la crisis energética). La relación inversa—que caracteriza el grado de dependencia de las exportaciones periféricas respecto de los mercados del centro— se mantuvo en los decenios de 1960 y 1970 en proporciones casi tres veces mayores (72%). Esta asimetría disminuyó marcadamente en los años ochenta: en 1984, la periferia dependía en más de una tercera parte de los mercados emplazados fuera del centro. Un cambio similar registró la dependencia periférica de las importaciones manufactureras desde el centro, aunque en 1984 éste abastecía aún más de tres cuartas partes de la demanda de la periferia. Estos cambios obedecen al fortalecimiento de los vínculos horizontales dentro de la periferia y de

las relaciones con los países socialistas. Reflejan también un progreso importante en la industrialización de las exportaciones periféricas.

En el plano financiero, se ha registrado un proceso de transnacionalización por la dependencia creciente de la periferia con respecto a los bancos comerciales del centro, en desmedro de la asistencia oficial y de la inversión extranjera directa de las empresas transnacionales. Entre comienzos de los años sesenta y mediados del decenio de 1980, la importancia de los bancos comerciales subió de 6 a 25%; la asistencia oficial bajó de 56 a 40%; y la inversión extranjera directa descendió de 19 a 11% en términos de su participación total en los flujos financieros. Estos se utilizaron, además, principalmente para refinanciar la deuda *impagable* y sus servicios. La participación de la periferia en los flujos de la inversión extranjera directa decayó de 26% en 1981 a 17% en 1988. En este año, Asia subió al primer lugar, al absorber 52% de los flujos totales hacia la periferia, frente a un 37% para América Latina (por lo demás, la mitad de esta cuota correspondió a la reconversión de la deuda, o sea, que no hubo aportes de nuevos capitales).

3. La frustración del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI)

El desafío de la OPEP y la bonanza general de los bienes primarios en los primeros cinco años del decenio de 1970 sentaron las condiciones para iniciativas importantes por parte de los países periféricos, que parecían corresponder al fortalecimiento de la capacidad de negociación de los exportadores de petróleo y otros bienes primarios frente a los países del centro industrializado. Entre estas iniciativas, promovidas principalmente por el Grupo de los 77, en su calidad de representante de la periferia en el sistema de las Naciones Unidas, destacan: la Declaración y Programa de Acción sobre el Establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) (Asamblea General, 1974); la conferencia sobre Cooperación Económica Internacional (París, 1975); las negociaciones globales sobre cooperación económica internacional para el desarrollo y las estrategias internacionales de desarrollo (Asamblea General, para los decenios de 1970 y de 1980).

En el seno de la UNCTAD se negociaban exigencias particulares de la periferia como el Pro-

grama Integrado de Productos Básicos y su Fondo Común; los convenios sobre productos particulares y el Sistema de la Financiación Compensatoria. Además, siguiendo el ejemplo de la OPEP, se habían fortalecido o creado varias asociaciones de países productores y exportadores de determinados bienes primarios (cobre, estaño, café y banano). En cuanto al café y al banano se intentó en América Latina también restringir el poder oligopolista de las empresas transnacionales en la comercialización, estableciendo empresas multinacionales de los propios países de la región (PANCAFE Y COMUNBANA).

El incumplimiento de los proyectos de la periferia —incorporados en las exigencias del NOEI y de otros programas globales y parciales— y el empeoramiento de la relación de precios del intercambio con el centro se tradujeron, al sobrevenir la crisis de la deuda, en un debilitamiento considerable de su capacidad de negociación frente al centro. Como lo había previsto la CEPAL en 1973, no se logró un vuelco considerable en las posiciones de fuerza del centro y la periferia.

Las causas de la frustración han sido múltiples. La crisis energética y el estancamiento de la economía mundial hacían disminuir el volumen y los precios de exportación de los bienes primarios. Por otro lado, y por un prisma de largo plazo, hay que recordar que la demanda del centro de los productos básicos de la periferia se relaciona siempre estrictamente con los cambios estructurales y el progreso tecnológico (o la tercera revolución industrial) que han ocurrido en los países industrializados.

4. Consecuencias de la transformación de la producción y la tecnología en el centro

Importantes tendencias de transformación de la producción se advierten en el centro. Es así como disminuye el ritmo de crecimiento de la industria manufacturera, sobre todo a favor de los servicios. Por ejemplo, en los Estados Unidos la proporción de los servicios en el PIB subió de 41 a 50% entre 1974 y 1986. En el mismo país cambió radicalmente la composición del consumo personal: los gastos de alimentación y vestuario representaban en 1960 un 37% del presupuesto familiar; en 1987 había bajado a 26%, principalmente a favor de los servicios. Una situación similar se da en otros países industrializados.

En la propia industria manufacturera están

perdiendo importancia relativa las ramas tradicionales (tanto metales y maquinaria y equipos como las de consumo), en favor de la maquinaria eléctrica, en particular de la microelectrónica. Esto responde a la mayor demanda no sólo de las actividades militares y la competencia espacial, sino que del desarrollo universal de los servicios internacionales de informática, telecomunicaciones y telemática. Según datos de la OCDE, entre 1970 y 1985, la importancia relativa de las importaciones basadas en insumos naturales decayó de 31 a 22% a favor de bienes diferenciados, en que predominan las aplicaciones de la investigación y el desarrollo.

Con la misma orientación de economizar insumos y mano de obra y lograr una mayor eficiencia, se proyectan los cambios tecnológicos tendientes al uso de nuevos tipos de materiales y energía, a la miniaturización, la automatización y la robotización, así como las aplicaciones, siempre más amplias, de la biotecnología. En el mismo sentido se encaminan los cambios en la organización y las vinculaciones entre las empresas transnacionales, "sistemofactura", principio JIT (*just in time*), etc.

Las tendencias del nuevo estilo de desarrollo del centro, fortalecidas por su reacción tecnológica a la crisis energética, suelen tener para la periferia dos consecuencias principales. En términos reales, agudizan su marginalización del centro el que aumenta su ventaja relativa en las tecnologías de punta basadas en el uso intensivo del conocimiento humano, que están desplazando progresivamente a las tecnologías de uso intensivo de mano de obra, recursos naturales, energía y capital. En otras palabras, se agudiza aún más la propagación desigual del progreso tecnológico y la dependencia periférica de las empresas transnacionales del centro, protagonistas principales de los cambios caracterizados.

Por otro lado, el nuevo estilo de desarrollo del centro tiene repercusiones importantes sobre sus propios intereses y sobre sus políticas globales y particulares hacia la periferia. En los países industrializados no sólo se considera sepultado el Nuevo Orden Económico Internacional, impulsado por los países exportadores de bienes primarios y mano de obra barata, sino que saltan al tapete reivindicaciones y políticas internacionales nuevas, relacionadas con la expansión transnacional de los servicios; su exportación y las

inversiones extranjeras directas sujetas al *trato nacional* en los mercados de los países receptores; la protección efectiva de la propiedad intelectual de las empresas transnacionales y la sustitución del Código de Conducta, mediante la eliminación progresiva de las reglamentaciones de la inversión relacionadas con el comercio (*TRIM - Trade related investment measures*). Estas serían, según los países industrializados —sobre todo los Estados Unidos, según se pronunció en la Ronda de Uruguay del GATT—, todas las medidas gubernamentales de los países receptores de inversión extranjera directa y de filiales de las empresas transnacionales que afectan su *libertad* comercial y financiera. Como es lógico, los países de la periferia defienden su derecho de regular el ingreso de la inversión extranjera de acuerdo con sus propias necesidades y de desarrollar su tecnología de punta, como ha sucedido con la industria farmacéutica, de computadores y de informática en Brasil.

Las hipótesis anteriores parecen confirmarse en el comercio internacional de alimentos. Como la producción agrícola del centro no se ha incorporado todavía al nuevo estilo de desarrollo tecnológico y la periferia mantiene en general la ventaja que le ofrece su medio ambiente y el menor costo relativo de su mano de obra, los gobiernos de los países industrializados se ven obligados a proteger a sus agricultores (que siguen formando un estamento social y un electorado importantes). Según los datos de la UNCTAD, en los cinco mercados más importantes (Estados Unidos, Comunidad Europea, Japón, Australia y Canadá) han subido considerablemente en los últimos diez años los subsidios para los productores de leche, azúcar, trigo, arroz y maíz. Los Estados Unidos y la CEE asignaron al apoyo de sus agricultores 25 000 millones de dólares en promedio anual en 1987-1988, o sea, mucho más que en el período 1982-1985 (15 000 millones). En 1980-1983 Japón gastó en promedio anual 13 000 millones de dólares con el mismo fin. Para aquilatar la importancia del proteccionismo del centro en la agricultura, basta señalar que las exportaciones periféricas de alimentos hacia los mercados de las tres áreas sumaban en 1984 unos 32 000 millones de dólares, y que los subsidios directos fueron complementados con barreras arancelarias y de otro tipo (cuotas de importación, reglamentos fitosanitarios, etc.).

5. La industrialización periférica y el retraso de América Latina

El mayor ritmo de crecimiento de la industria manufacturera en la periferia, en comparación con el centro, ha hecho que entre 1965 y 1985 aumente su participación en la producción (de 15 a 18%) y, sobre todo, en sus exportaciones (de 7 a 18%). Los países de América Latina y el Caribe muestran un retraso relativo en comparación con otras regiones, en especial las de reciente industrialización de Asia meridional y sudoriental. Si se mide el grado de industrialización como participación de las manufacturas en el PIB total, se advierte el estancamiento de la industrialización regional no sólo en el período de la crisis económica y financiera de los años ochenta, sino también a más largo plazo.

En el decenio de 1960 el grado de industrialización aumentó en América Latina y el Caribe de 21 a 23%; subió luego a 24% en 1980, para desplomarse al mismo nivel de 1970 en 1983. En cambio, la industrialización del sur y sudeste asiáticos fue continua y progresiva: de 14% en 1960 a 16% en 1970 y 21% en 1980, nivel que se mantuvo también en 1983. En este año, los principales exportadores de manufacturas —entre los cuales figura sólo el Brasil de América Latina— llegaron a un nivel de 27%.

Es aún mayor el rezago en lo que toca a su participación en los mercados de bienes manufacturados. Entre 1970 y 1984 doblaron con creces su importancia las manufacturas entre las exportaciones totales de la periferia a los países industrializados (de 14 a 30%). Esta participación era muy superior a la de los bienes primarios, excluidos los combustibles (22% en 1984). Aparentemente el dinamismo de la periferia en su actuación en la economía internacional estaría determinado siempre por el grado de industrialización de su economía y de su comercio. La importancia de las manufacturas en las exportaciones totales del Asia meridional y sudoriental subió de 44 a 63% entre 1970 y 1984, mientras que las proporciones para América Latina y el Caribe eran de 7 y 19%, respectivamente. En el mismo período se triplicó la presencia de la subregión asiática en los mercados manufactureros del centro: de 3 a 10%; de este modo igualaron los niveles de los países industrializados de la AELI, en que las manufacturas representaban 64% de las exportaciones totales en 1984 y abastecían 9%

del mercado mundial. El atraso relativo de América Latina (19%) y el Caribe (2%) estaría, pues, en la base del debate regional sobre la necesidad de transformar la producción y elevar la capacidad de competencia internacional de las exportaciones latinoamericanas.

6. Conclusiones preliminares

El auge y decaimiento de la OPEP y otras asociaciones de productores primarios insinúan que al invertirse la tendencia histórica al empeoramiento de la relación de precios del intercambio entre los bienes primarios y las manufacturas (incluso los servicios), gracias al alza unilateral de los precios de los productos primarios, no se logra automáticamente la propagación más equilibrada del progreso tecnológico ni se atenúan la marginalización y el estado de dependencia de la periferia.

La dependencia y la exacción financiera por la exportación de capitales al centro mediante los bancos transnacionales tuvo en los años ochenta mayor relieve que la exacción comercial por efecto de la relación de precios del intercambio. Hubo que revalorizar tanto el papel de las empresas transnacionales productivas como de la asistencia financiera gubernamental del centro (incluso por intermedio de sus organizaciones internacio-

nales) para disminuir la carga de la deuda *impagable*.

La estrategia de los gobiernos latinoamericanos y de la CEPAL para el decenio de 1990, que se propone lograr una transformación productiva con equidad, refleja la experiencia acumulada al profundizar en los planteamientos originales de Prebisch sobre lo inevitable que es el proceso de industrialización si se pretende superar la situación periférica en los mercados mundiales, dependiente de la demanda de bienes primarios cuyo papel en el crecimiento económico disminuye, por efecto de la actual revolución tecnológica, a un ritmo mucho más acelerado.

Por último, el nuevo carácter endógeno e integral del progreso tecnológico —sobre todo en la electrónica y la informática— lleva también a replantear la tesis original sobre el papel pasivo de la periferia en la difusión y propagación de este progreso. Para modernizarse y lograr una mayor competitividad internacional, las economías periféricas deberán apropiarse activamente de los adelantos tecnológicos (como ocurrió en Japón y otros países asiáticos y en el Brasil). Ello se logrará aplicando políticas estatales y, sobre todo, movilizándolo y estimulando a los agentes económicos y sociales, asegurándoles una mayor equidad en la distribución de los frutos del progreso.

II

Los centros y sus vinculaciones con la periferia

1. Los centros capitalistas

Mientras que continúa la diferenciación regresiva de la periferia, tiende hacia un mayor equilibrio la correlación de fuerzas económicas en el centro capitalista. No obstante los vaivenes coyunturales, como las crisis energéticas pasadas, la crisis financiera actual y los efectos de la economía reaganista, se impone a largo plazo una tendencia nítida: se debilita la hegemonía económica del centro principal estadounidense frente a las potencias emergentes en Europa, especialmente Alemania y, en Asia, el Japón. Al mismo tiempo, los centros nuevos y el antiguo centro

principal también se enfrentan en una competencia recíproca y se integran en bloques regionales de países con características e intereses comunes. Sin entrar en la compleja historia y causalidad de este proceso (que analiza en este mismo número de la *Revista Celso Furtado*), nos limitaremos a caracterizar su proyección a más largo plazo, en los casos de Estados Unidos, Alemania occidental y Japón, sobre todo en lo que toca a sus repercusiones para la periferia. En el período 1950-1987, el crecimiento económico medio de Japón más que duplicó al de Estados Unidos (7.1 y 3.2%, respectivamente), con lo cual saltó del noveno al cuarto lugar de la escala mundial del

PIB, colocándose antes de Alemania occidental que había subido del sexto al quinto lugar. En 1987, el PIB per cápita de Japón y Alemania occidental fue de casi 10 000 dólares, sólo un tercio menor que el de los Estados Unidos. En el mismo año, el primer exportador mundial fue Alemania occidental, el segundo Estados Unidos y el tercero Japón. Alemania y Japón superaban también a los Estados Unidos en cuanto al mejoramiento de la productividad de la mano de obra, la propensión al ahorro y la inversión y su posición en las finanzas mundiales (Alemania occidental y Japón eran los principales países acreedores del mundo y Estados Unidos, el principal deudor). El decaimiento relativo del anterior centro principal se extiende a su inversión extranjera directa: en 1988, invirtió fuera del país 26 000 millones de dólares menos que el año anterior, pero absorbió 41% del flujo mundial de la inversión extranjera directa, o sea, la mitad del valor correspondiente a todos los países industrializados.

Durante veinticinco años (1960-1985), prevaleció la tendencia a la marginalización de la periferia en los mercados de todos los centros industrializados, menos el de Japón. Las regiones periféricas sufrieron mayor marginalización en el mercado estadounidense que en los europeos, mientras crecía su participación en el de Japón. Entre 1970 y 1985, la participación de América Latina y el Caribe en el mercado de Estados Unidos descendió de 15 a 12%, y la de África de 4 a 2%, mientras que la de Asia subía de 9 a 17%. El fortalecimiento de los vínculos de los Estados Unidos con los países de reciente industrialización de Asia hizo desaparecer la tradicional preferencia por América Latina.

En los mercados de las agrupaciones de los países de Europa occidental (CEE y AELI), la participación de las regiones periféricas decayó también, manteniéndose la tradicional preferencia por los países de Asia y África que representaron, en 1985, tres cuartas partes de las importaciones desde la periferia. En ese mismo año la participación de América Latina en el mercado de la CEE era cuatro veces menor que en el de Estados Unidos, y en el de la AELI, seis veces menor. La desvinculación entre Europa y América Latina se acentuó en las exportaciones de la CEE hacia la región, que disminuyeron en 38% entre 1981 y 1985 (en comparación con descen-

zos de 20 y 11% para las de Estados Unidos y Japón). En 1985 se llegó a un déficit comercial europeo de 12 000 millones de dólares. Este desequilibrio confirma la tesis de la CEPAL: para pagar la deuda y aumentar las importaciones desde los centros es preciso aliviar la carga de la deuda y lograr una mayor apertura (menos proteccionismo) en los mercados de los centros. En el caso de la CEE tienen mayor importancia el trato preferencial (discriminatorio para la región) otorgado a los 64 países de la Convención de Lomé (África, el Caribe y el Pacífico) y los subsidios y el proteccionismo implícitos en la política agrícola común.

La importancia creciente aparente del mercado japonés para la periferia se debe, en gran parte, a su continua dependencia de las importaciones de petróleo y al surgimiento de un nuevo centro integrado de las naciones del Pacífico. Por ejemplo, entre 1985 y 1987 las exportaciones de Corea del Sur y de Taiwán al mercado japonés aumentaron de 7 500 a 15 200 millones de dólares, o sea, se duplicaron en tres años. Crecen también las vinculaciones con las empresas transnacionales y los bancos japoneses, que permiten (junto con los estadounidenses) el acceso de los países asiáticos de industrialización reciente a las tecnologías de punta y al comercio de bienes altamente sofisticados. Japón se está convirtiendo en un nuevo centro de una subregión de crecimiento muy dinámico y de acelerada transformación productiva y tecnológica.

África y la región latinoamericana han estado siempre más marginalizadas del mercado japonés. Frente a esa marginalización (4% de participación en 1985) contrastaba la mayor inversión financiera dirigida a la región. Mientras disminuía la afluencia de inversión extranjera directa desde los Estados Unidos, los flujos anuales medios procedentes de Japón se elevaban entre 1976-1980 y 1981-1984 en más de 2.5 veces, mucho más que los destinados a los países industrializados y a las demás regiones en desarrollo. El papel de América Latina en la inversión directa y también en los préstamos de los bancos transnacionales de Japón sugiere que este país podría contribuir en el futuro a resolver la crisis de la deuda, a impulsar la transformación y la modernización productiva y a aumentar las exportaciones latinoamericanas.

2. Los países de Europa oriental miembros del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME)

Para entender los profundos cambios económicos y sociales que han ocurrido en la Unión Soviética y en Europa oriental conviene recordar su crisis estructural. La concentración de recursos en una industrialización extensiva permitió a estos países, a lo largo del período expansivo de la economía mundial, alcanzar ritmos más altos de crecimiento que el sistema capitalista de centro-periferia. La planificación y la administración centralizada hicieron crisis a fines del decenio de 1960 en las economías relativamente más desarrolladas de la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Hungría y luego en Polonia. En estos países se reflejó con mayor nitidez el problema común de rezago tecnológico y de baja productividad de la mano de obra, relacionado con el voluntarismo económico y el aislamiento de los mercados capitalistas.

El período de convivencia pacífica de los años setenta, con una mayor apertura para el intercambio económico y cultural, mostró que el equilibrio militar y geopolítico entre los bloques socialista y capitalista no tenía equivalente en la esfera económica, sobre todo en sus sectores de punta (salvo en los segmentos relacionados directamente con la competencia militar de ambas superpotencias).

A estos factores internos se sumaron los efectos de la crisis energética y de la recesión económica mundial que frenaron su crecimiento y redujeron su capacidad de competencia frente al sistema capitalista. Según estimaciones de la UNCTAD, entre 1975 y 1982 la participación de estos países en el PIB mundial descendió de 12 a 9% y su importancia en el comercio mundial de 11 a 8% entre 1960 y 1987.

La pérdida de dinamismo y competitividad internacional del CAME puede ilustrarse con algunos resultados de la competencia económica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. En función del ingreso nacional y de la industria manufacturera, la Unión Soviética estaba superando, en el decenio de 1960, su gran retraso frente a los Estados Unidos: los desniveles de 42 y 45% en 1960, bajaron a 35 y 25% en 1970. Sin embargo, 15 años después, en 1985, su rezago general e industrial era de 34 y 20%, es decir, apenas poco menos que en 1970. En 1985 el desnivel fue aún mayor en términos per cápita:

de 43% en cuanto al ingreso nacional y de 31% en la industria manufacturera (todos estos datos provienen de estadísticas oficiales de la URSS).

El rezago de la Unión Soviética fue aún más pronunciado en términos de la estructura y de la eficiencia productiva. Según los mismos datos oficiales, en 1960, la productividad de la mano de obra en la industria manufacturera de la Unión Soviética fue 56% menor que en los Estados Unidos, cifra que bajó a 47% en 1970. En 1985, el atraso fue casi igual: 45%.

El estancamiento de la competitividad internacional de los países de *socialismo real* se relaciona con las modalidades semiperiféricas de su participación en la economía mundial. En primer lugar se concentran en el intercambio dentro del propio CAME. Esta tendencia se vio fortalecida en los años ochenta cuando se redujo la ventaja comparativa de la Unión Soviética en su calidad de exportadora de petróleo (la importancia del intercambio recíproco en las exportaciones del bloque aumentó de 51% al comenzar el decenio a 58% en 1987). Esta cohesión del CAME se apoya más bien en el sistema político centralizado que en las ventajas comparativas de sus participantes. El centro principal, la Unión Soviética, suministraba a sus socios principalmente petróleo, gas y otras materias primas a cambio de sus manufacturas. Estos, por su parte, necesitaban la tecnología occidental para modernizar sus economías y ante la escasez de moneda dura, agravada por las crisis energética, incurrieron en un gran endeudamiento con los países del centro capitalista. El caso más patente fue el de Polonia, que como México, llegó en 1980 a un verdadero colapso financiero cuando el servicio de la deuda superó la capacidad de pago de sus exportaciones.

En segundo lugar, las vinculaciones de la Unión Soviética y Europa oriental con los países industrializados también tienen un carácter periférico. En 1987, sólo 21.5% de las exportaciones globales del CAME se dirigía a los países industrializados, pero para éstos sólo significaban 2.5% de sus importaciones (6.4% para la AELI, 3.2% para la CEE y 0.5% para los Estados Unidos). Esta marginalización se relaciona con el tipo de intercambio prevaleciente: a mediados del decenio de 1980 los combustibles y otros bienes primarios tenían en las exportaciones del CAME mayor participación que en la periferia (78% frente a 70%)

mientras que en las importaciones predominaban las manufacturas (57%), pero en grado creciente también los alimentos (por el déficit de granos de la Unión Soviética).

En tercer lugar, el comercio con los países de la periferia tenía para el CAME menor importancia que para el centro capitalista. En 1987, representaba un 12% para los países capitalistas y 5% para el CAME. Además, el predominio de los criterios políticos en las orientaciones del CAME lo hacían preferir los países socialistas (Cuba y algunos países asiáticos), donde se concentraba más de un tercio de este tipo de intercambio. La discriminación fue aún mayor para la asistencia financiera oficial: dos tercios aproximadamente se destinó a esos países. En la composición sectorial del intercambio recíproco predominaban los combustibles y otros bienes primarios. Las manufacturas tuvieron mayor importancia en las exportaciones que en las importaciones del CAME. Las exportaciones de América Latina satisfacían apenas 4% de la demanda total del CAME y además el intercambio se limitaba en su mayor parte a Cuba y Argentina (azúcar y granos).

3. *Las vinculaciones horizontales de la periferia*

La marginalización continua de la periferia de

los mercados del centro ha sido acompañada, en los últimos decenios, por la mayor importancia que han adquirido los vínculos horizontales, o sea, el comercio recíproco de bienes dentro del área periférica. También se quedó rezagada en este aspecto la región latinoamericana. El comercio intrarregional descendió del máximo de 19% en 1980, a 14% en 1987, cuando el grado de integración regional para la periferia en su totalidad alcanzó el 27% (excluidos los países de la OPEP), y para la Comunidad Europea, un 61%.

Los efectos de la crisis de endeudamiento y la situación política en Centroamérica fueron desfavorables para la cooperación económica de la región. Afortunadamente, el proceso de democratización en el Cono Sur implicó el establecimiento de programas importantes de integración sectorial y cooperación empresarial entre Argentina, Brasil y, recientemente, Uruguay; existe la perspectiva de ampliar y profundizar esta iniciativa a otros países, como Chile. Tratándose, en esta primera fase, de países relativamente industrializados, cabe suponer que el proceso de integración económica se acelerará en comparación con iniciativas anteriores y que apoyará la transformación y la modernización de las economías involucradas.

III

La historia inconclusa del sistema e interrogantes para los años noventa

Francis Fukuyama ha declarado recientemente que con el derrumbe del socialismo real en Europa oriental ha terminado la historia de la humanidad, o sea, se inicia la paz eterna del capitalismo omnipresente. El desarrollo del sistema centro-periferia desde que fue acuñado el término por Prebisch y la CEPAL en 1949 —es decir, en los cuatro decenios de posguerra— muestra que ésta es una visión sesgada y voluntarista. Nuestra generación, de viejos ahora y jóvenes esperanzados al iniciarse la paz mundial, vivió varios fracasos y frustraciones tanto de las prognosis triunfalistas como de las catastrofistas. Recuérdese, por ejemplo, el orgullo y la ambición de los jóvenes pue-

blos africanos liberados del yugo colonial y las posteriores guerras tribales y hambrunas masivas o cuánto nos ufamamos ante la hazaña de la OPEP en 1973, la afluencia ilimitada de petrodólares y la aceptación por la Asamblea General de Naciones Unidas del Nuevo Orden Económico Internacional, de las Estrategias de Desarrollo para los decenios de los años setenta y ochenta, de programas de la UNCTAD, etc., y la actual década perdida para la región o, recientemente, los esperanzados programas australes de los gobiernos posdictatoriales en Brasil, Argentina y Perú y el actual caos económico y social en esos países.

Por el lado catastrofista, permítase al autor

sólo un comentario personal y autocrítico, que es la antítesis de la postura de Fukuyama: la generación de estalinistas checoslovacos y, después de la ocupación rusa en 1968, de reformistas, revisionistas y *traidores de la causa*, vivió y militó bajo dos consignas falsas. Y nótese que éstas fueron compartidas por gran parte de la izquierda europea y latinoamericana. La primera fue: llegar al final de la historia del capitalismo mundial, en la fase actual de su crisis general —agudizada por el neoimperialismo, la transnacionalización global, la lucha entre las clases y naciones ricas y las explotadas y dominadas—, etc. De acuerdo con Stalin, Krushov, etc., los planes quinquenales del Partido y del Estado permitirían *dognat y podognat*, o sea, alcanzar y superar a las economías del imperialismo decadente y, particularmente, a la estadounidense y llegar a la revolución socialista mundial, con modelos leninista y soviético, o maoísta chino, o castrista cubano.

La segunda tesis catastrofista, la de los opositores locales de los gobiernos comunistas, compartida por destacados kremlinólogos y estadistas de Occidente era: no es posible lograr desde dentro, ni por medios pacíficos, un cambio sistemático profundo en una Europa oriental dominada por el aparato administrativo y militar de una superpotencia imbuida de la doctrina Brezhnev. Resultado conocido: la perestroika de Gorbachov y las revoluciones de terciopelo en Europa oriental, con la excepción del terror desesperado en la tiranía de Ceausescu y, en Asia, de la masacre de Tianamen.

La suerte de las posturas categóricas —triumfalistas o catastrofistas— muestra que la historia de la humanidad y del sistema centro-periferia no termina, como dice Fukuyama, con acontecimientos puntuales, aunque ellos marquen decisivamente el curso de un lapso determinado de la historia. Al contrario, sostenemos, de acuerdo con nuestro gran amigo y maestro Aníbal Pinto, que el mayor desafío para el analista estriba en que la historia del sistema centro-periferia está inconclusa. Así ocurre también con el pensamiento de Raúl Prebisch y de sus modestos discípulos. La previsión de Francis Fukuyama lleva implícita la tesis, compartida por muchos hombres públicos e intelectuales, no sólo del Centro

sino que también de América Latina, de que la validez del enfoque centro-periferia ha terminado para todos los que aceptan universalmente y *ad aeternum* el pensamiento neoliberal, aunque con algunos de sus múltiples calificativos. La labor de la CEPAL en los últimos años, y, particularmente, el programa gubernamental común adoptado en Caracas, sobre la transformación y modernización con equidad, refutan también esa opinión triunfalista para los llamados *Chicago Boys* y catastrofista para los cepalinos de cuño prebischiano.

Es más, destacados personeros no se reunieron en Caracas para rendir un homenaje nostálgico a Raúl Prebisch, ni para justificar sus planteamientos propios con una de las muchas obras del Maestro, al estilo del aprovechamiento selectivo de los dogmas del Marx joven y viejo, sino que para desarrollar el pensamiento inconcluso de la CEPAL de Prebisch, en una discusión abierta e innovadora.

Entre los interrogantes que nos podríamos plantear con miras hasta fines del siglo, figuran los siguientes:

- ¿Llevarán las nuevas situaciones en la producción, el comercio y las finanzas mundiales a la agudización de la competencia intercapitalista y al surgimiento de un nuevo centro principal?, ¿o a un mayor equilibrio multipolar regulado o coordinado?
- ¿Cómo será el sistema sin los centros principales?
- ¿Cuál será la vinculación con el persistente poder hegemónico militar de las dos superpotencias?
- ¿Qué efectos sobre la periferia tendrán los profundos cambios geopolíticos en la creación del mercado común europeo, con Alemania unificada y, posteriormente, el ingreso sucesivo en él de los países de Europa oriental; en el establecimiento de bloques o la integración de Norteamérica, México y, a la larga, otros países de la región de acuerdo con la iniciativa de Bush; y en el proceso de integración en el sur y sudeste asiáticos bajo la égida del Japón?

La historia del sistema centro-periferia está realmente inconclusa.

Bibliografía

- Kñakal, Jan (1989); *Las empresas transnacionales y los gobiernos frente a la transformación productiva y tecnológica en América Latina* [Presentado al III Congreso Nacional de Economía de España, la Coruña, 5 a 8 de diciembre de 1989].
- _____ (1988); "El sistema centro-periferia ante el shock energético y la crisis de la deuda", CEPAL (Borrador preparado para la Secretaría Ejecutiva), noviembre.
- _____ (1987); El bloque socialista europeo y el sistema centro-periferia, *Pensamiento iberoamericano*, N° 11, Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), enero-junio.
- Pinto, Aníbal y Jan Kñakal (1973); *América Latina y el cambio en la economía mundial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Pinto, Aníbal (1980); *La internacionalización de la economía mundial: una visión latinoamericana*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), Ediciones Cultura Hispánica.
- _____ (1965); Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano, *El trimestre económico*, vol. xxxii (1), N° 125, México D.F., Fondo de Cultura Económica, enero-marzo.
- Prebisch, Raúl (1962); El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas, *Boletín económico de América Latina*, vol. vii, N° 1, Santiago de Chile, febrero. [Publicado originalmente como introducción al *Estudio económico de América latina*, 1949. Nueva York, Naciones Unidas.] (E/CN.12/O164/Rev. 1, N° de venta: 1951. II C. I).